

Paulita

Se aprende a comparar en la primera infancia. Y una de las comparativas iniciales que se establecen de niño es la de las familias. En los primeros contactos con otros padres, otras costumbres y otras casas construimos en la mente una red de posibilidades hasta entonces desconocida. Y los padres, frágiles, vulnerables, sobre todo si primerizos, responden de diversas maneras en función de si la comparativa les hiere o alimenta el orgullo. Por eso, cuando a tu amigo Fulanito no le dejan comer pizza ni los viernes, te dicen que no aprecias la suerte que tienes con los padres que te han tocado —porque los padres tocan, como la Lotería del Niño o el sueldo de por vida de Nescafé—; mientras que si a Menganito le permiten salir con sus amigos por el centro los fines de semana y tú replicas te dicen que mala suerte, pero ellos son como son, mientras vivas bajo su techo tendrás que acatar sus normas y todo eso, es lo que te ha tocado —porque los padres te tocan, como una diabetes o un accidente de coche—.

Mis padres eran un poco como los de fulanito y a ratos como los de menganito. Si estaban de buen humor me pagaban los viajes de estudios; si se levantaban con el ánimo torcido no me prestaban atención y yo me movía a mi libre albedrío. Durante mi infancia y adolescencia conocí a padres de todo tipo. Los de mi amiga Anna con dos

enes, por ejemplo, le compraban el alcohol para las fiestas cuando teníamos quince años y celebraban que aprobara las asignaturas justas para pasar de curso haciéndole regalos. Cuando no las pasaba también se los hacían. Anna con dos enes salió como la que más, se quedó embarazada a los diecisiete y ahora limpia casas. Una suerte. De todas formas, hace ya unos años empecé a darme cuenta de que partirse la crisma para estudiar becada no sirve de mucho. Me gradué del doble grado de Criminología y Psicología, después estudié biología y nutrición a la vez. Cuando terminé, el año pasado, empecé a mandar currículums a todas partes. Solo me llamaron del Burger King —¿que por qué eché ahí? Una de esas noches turbias en las que te preguntas si realmente tu existencia vale más que la de un repartidor cualquiera, de los que llegan a la puerta de tu apartamento a las doce y media de la noche, empapados y temblando de frío, porque te ha apetecido de pronto un King Ahorro, y te descubres reflejada en su amargura—.

Pero tenía unos amigos. Y mis amigos tenían tres hijos pequeños que estudiaban en casa. Y de tan listos que eran los hijos de mis amigos, estos dejaron de poder enseñarles. Eso me dijo su madre un día que tomábamos café por el centro, en una de esas cafeterías en las que te da coraje sentarte porque sabes que te van a clavar cinco euros por un con leche descafeinado, pero es el único sitio en el que el sol te roza la nuca y estás cansada de la deshidratación solar de tu apartamento con vistas a un patio de luces.

—¿Por qué no les das clase tú? ¿Lo harías por quince la hora?

Yo no había cobrado quince euros por una hora de mi tiempo jamás en la vida. No había llegado a cobrar tan siquiera siete durante los años universitarios en los que trabajaba para los explotadores de Inditex. Así que, por supuesto, acepté. Y esos quince euros se convirtieron en un sueldo de setecientos netos, limpios, cristalinos y en mis manos, por cinco mañanitas a la semana y alguna noche de sábado en un chalé de Majadahonda cuando mis amigos, los papás, se querían escapar unas horitas. No se lo dije a mis padres, claro, me venía bien que me siguieran pagando el alquiler. Me rentaban los trescientos cincuenta de plus sobre los reproches en fiestas señaladas: «Yo a tu edad estaba comprando esta casa». Las cosas han cambiado mucho desde entonces, papá, pero no me voy a molestar en tratar de explicártelo. Haberte hecho la vasectomía cuando llegó la segunda. O después de mí. O antes, directamente. A quién quieres engañar, papá, nunca te han gustado los niños.

A mí sí que me gustaban los niños. O, al menos, mis niños, los hijos de mis amigos. Me gustaban tanto que hasta mi chico se hartó de escucharme hablar de ellos y me dejó. «¿Prefieres pasar una tarde de domingo con esa familia antes que conmigo?». Pues sí, Pablo, la verdad es que sí. Y así se lo dije, porque después de dos años y medio de relación la sinceridad pura y fría se había convertido en mi mejor herramienta para combatir la realidad que nos inundaba: se había acabado el amor. Esas cosas pasan en muchas parejas, en casi todas. Los padres de mis niños, sin ir más lejos, discutían de cuando en cuando. Ellos me lo contaban en las clases: «Ayer dormí

con mamá porque papá quería dormir en mi cuarto». Qué belleza la inocencia. Qué lindo caramelo de miel con un regusto a limón conforme se deshace en la lengua salivosa.

Con Dante, Teo y Aura aprendí muchas cosas. Me di cuenta, por ejemplo, del desperdicio que es la educación, pública o privada, de las masas. Y no es por repetir el discursito de los padres liberales, eso de que la sociedad convierte a sus preciosos y perfectos hijos en «unos y unas más», enseñándoles que es mejor no preguntar las cosas complicadas a saberlas, pero era una realidad y cabe mencionarla aquí. Teo y Dante eran gemelos idénticos salvo por un lunar en la esclerótica izquierda del nombrado bajo la sombra de un poeta italiano cuyo nombre todos conocen y cuya obra pocos saben reconocer. Yo no sabía, para qué engañarnos. No se recrean en enseñarte a apreciar las artes, de ningún tipo, en la universidad. Ni siquiera un doctor en filología sería capaz de recitar los versos de *il Sommo Poeta* mejor que mi pequeño Dante. Teo sabía enumerar a todos los emires y califas de mediados del 700 a principios del 1000 en orden alfabético y con año de nacimiento y defunción. A veces canturreaba la lista porque sí, sin que nadie se lo pidiera, sobre todo cuando había visita en casa. A sus padres les encantaba presumir. Y a mí también, porque vaya niño estábamos haciendo, entre sus medios monetarios y mi mente privilegiada en desuso. Así la denominaba mi amigo, el padre de los niños. «Deberías oponer o montar una empresa», me decía. Y tenía razón, pero en ese momento de mi vida yo estaba muy a gusto con sus hijos y mi sueldo en

negro, despreocupada de hacienda y otros golpes de la vida adulta.

Los gemelos tenían cinco años cuando empecé a darles clase; seis cuando pasé las primeras navidades con la familia en Marbella; siete cuando los llevaba a montar a caballo y a golf; ocho cuando sus padres me ofrecieron que me mudara con ellos a Francia. Así fue, de un día para otro, con la misma inmediatez con la que lo estoy contando. Y es que en el proceso de sentirse desligada de la unión biológica uno no se da cuenta de lo poco que le interesa su familia hasta que la de pega le pide que cambie de país. Les dije que necesitaba pensármelo y me contestaron que tenía cuatro días, se marchaban a las dos semanas. ¿Lo tenían planeado desde mucho antes? Tal vez. ¿Contaron conmigo en el último momento? Por supuesto que sí. Pero ¿qué más da? Sabían que no había demasiado a lo que yo tuviera que darle vueltas. Así que al día siguiente de la proposición indecente acepté la oferta.

A mis padres se lo dije por teléfono. Les pillé en uno de esos días de levantarse con el ánimo torcido —lo más seguro una resaca o una multa por correr con el coche—, así que yo y mi libre albedrío movimos el culo, cargados con dos maletas pequeñas, y nos mudamos a París sin repri-menda parental. No iba a ser un pueblito de Francia, tenía que ser París. Porque mis amigos vivían así, a lo grande. Y yo, siempre de experiencias tan pequeñitas y proletarias, disfruté como ninguna otra cosa mi intromisión a la vida de lujo. No puedo decir que la suerte me hubiera dado la espalda ni que la familia que me tocó sea equivalente

a una patología diarreica crónica, pero tampoco podían compararse con los cuarenta millones del Precio Justo. Mis padres eran personas sencillas que tuvieron un bebé antes de tiempo y sin excesiva preocupación al respecto. Viendo los álbumes de mi infancia a veces no logro comprender cómo sobreviví: no hay fotos, nadie me prestaba atención. Mis primeros cumpleaños están grabados en cintas en las que solo se puede ver a una mano temblorosa enfocando y desenfocando la cara de mi madre que, borracha, me sujetaba a duras penas. Niña en brazo, cigarro entre los labios, cerveza en mano. Así era mi madre de joven, lo que hoy en día algunos reconocen como una mujer empoderada, y de toda la vida de Dios ha sido un categórico desastre andante.

Tardé un tiempo en dejar de sentirme una impostora acoplada a una familia que no merecía tener. Conforme mi amiga me sacaba de compras y mi amigo me presentaba a guapos escritores y pintores franceses se fue construyendo mi ego, hasta entonces apagado. ¿Qué digo apagado? Desenchufado, a años luz de una toma de corriente. Mi sueldo se redujo, pero me daban una paga para los caprichos. Y, con veintiocho años, viví como una adolescente bajo el ala de unos padres a los que no les hacía falta un hijo más del que presumir y, sin embargo, decidieron acogerme.

En Francia los gemelos empezaron el conservatorio y tenían tres tardes a la semana ocupadas. Dante tocaba la viola y Teo escogió la flauta travesera. Ambos se envolvían con *Para Elisa* y otros clásicos a dos manos

en el piano desde que tenían cinco años. De forma que cuando Aura cumplió esa edad, en nuestro primer año en el país vecino, empezamos juntas las clases de instrumento con Noël, un pianista profesional de treinta y dos años. Mi novio, luego a luego, al cabo de tres meses de coqueteos indecentes en presencia de una niña de cinco años y sexo desaforado en su cuchitril junto a la Torre Eiffel —esto último lejos de mi Aura, evidentemente—.

Noël y yo salíamos a veces con mis amigos —y padres adoptivos— por la ciudad. Nos codeábamos con diseñadores y arquitectos, sobre todo, pues trabajaban con el padre de los niños, que estaba expandiendo su cadena hostelera a la ciudad del amor. Noël me enseñó francés, él ya chapurreaba algo de español cuando nos conocimos. Mientras yo me atragantaba cada vez que intentaba pedir una barra de pan o un vaso de agua en una cafetería, Dante, Teo y Aura se volvieron bilingües en un abrir y cerrar de ojos. A veces me frustraba, «Es que no me lo explico», le decía a la madre de los niños. Y ella enunciaba con un catastrófico acento: «Moi non plus», y me servía una copa de vino blanco para acompañar la tabla de quesos que degustábamos al menos dos noches a la semana. «Se dice “moi non plus”, mamá», le replicaban los gemelos. Siempre fueron sabelotodos. Pero, en cierto modo, tenían razón de serlo.

Noël y yo celebramos el aniversario viajando por el norte del país durante un par de semanas. Se acercaba el segundo invierno en Francia y Noël me insistía en que buscáramos un apartamento para irnos a vivir juntos. Pero a

mí me gustaba mucho compartir cuarto con la pequeña Aura. Era como un peluche con rizos rubios y piel calentita. Acurrucada junto a ella leyéndole cuentos solía quedarme dormida yo antes. Cuando tenía pesadillas —por desgracia, muy a menudo— me tiraba de la manga del pijama para despertarme y se acurrucaba entre mis brazos. Siempre quise a Aura como una hija. El tema llegó a preocuparme hasta el punto de que sentí la necesidad de comentarlo con un profesional. Mi psicólogo me tranquilizó: «En cierto modo es tu hija, una gran parte de ti». Y a su madre biológica no parecía molestarle el estrecho vínculo que la pequeña y yo teníamos. Finalmente rechacé la oferta de Noël, después de comentarlo una noche de insomnio con Aura y ver que se le empañaban los ojos ante la posibilidad de dejar de compartir madrugadas conmigo. Traté de explicarle que seguiría yendo a contarle cuentos y darle clase, que la llevaría al parque y continuaríamos juntas con las lecciones de piano. Pero ni siquiera yo estaba convencida, ¿cómo iba a conseguir que ella lo estuviera? Decidimos no separarnos aún. Noël se enfadó y me puso los cuernos. A día de hoy sigo sin estar segura de si fueron actos consecutivos, como una potencia-acto aristotélica, o más bien hechos al margen el uno del otro. Pero ocurrió, así que rompimos. Y yo pude querer a Aura con la tranquilidad de saber que nadie pensaría que era extraño, dato testado y apoyado por un profesional en mentes enfermas. Cuánto la quería. La quería tanto que cuando se descolgaba de mi pecho porque no le apetecía ir más en brazos notaba que se llevaba un trocito de mi alma en sus diminutos puños.